

LIBROS

El estremecimiento de Kierkegaard

En el remolino que dejó en las aguas culturales el hundimiento de aquel barco de los locos, el existencialismo, flota con la mayor estabilidad el naufrago más improbable: Sören Kierkegaard. No repetiremos ninguno de los habituales dictérios contra las "modas" culturales, como fue la existencialista; lo malo de las modas se determina siempre desde fuera, desde el rencor de la ortodoxia que se regocija de la frustración de los experimentos que ella se prohíbe o desde el fatigado papanatismo de quien cree que las ciencias adelantan borrando sus huellas y quiere estar al día. Hubo mucho de hermoso en el existencialismo; por ejemplo, ciertas cosas de Camus y no pocos apuntes de Sartre. Visto lo que daba la filosofía oficial de la época en casi todos los países, sobre todo entre los anglosajones (de España no hablo por no extremar el capítulo de humor), el apedreamiento general de que son víctimas hoy los existencialistas parece exceso de celo... o celos de algún otro tipo. Kierkegaard era el principal contrabando que llevaba el barco de los locos en la bodega y se ha salvado del siniestro general sin demasiados daños. Claro que nunca se supo muy bien qué hacer con él: se insistía en su nombre a la hora de buscar precedentes a la primacía de la existencia sobre la esencia y poco más. Su furor religioso desconcertaba: unos recogían lo de la angustia y trataban de olvidar el pecado o la fe como indeseables adornos supersticiosos, mientras otros le esgrimían desde las sacristías como bienaventurado martillo de ateos. La impresión general era de confusión. Recuerdo que uno de los catedráticos que me tocó en (mala) suerte soportar lo desaconsejó como tema de tesis a un compañero: "No sacará usted de él nada en limpio". Sobre la "limpieza" de lo que se suele aprender de tipos como ése

habría mucho que hablar. Pero a lo que el dómine quería aludir probablemente es a la condición intratable, estremecida, de Kierkegaard, que tan mal se concilia con la ilustrada serenidad académica. En vez de fabricar nuevos arpegios sobre el sujeto, el objeto y el valor cognoscitivo de los trascendentales, o en lugar de cantar loores a los progresos democráticos que la razón ha traído al mundo, Kierkegaard insiste en proclamar su espanto, en ironizar o desesperar sobre él. "Sin espanto —dice— no se puede comprender lo que es grande". Sobre gente así, más vale no hacer tesis.

Acaban de publicarse en libros de bolsillo tres de las más significativas obras del pensador religioso danés (pensador religioso, que no filósofo, pues los filósofos, desde Hegel, no parecen precisamente prodigar-se). Se trata de "Temor y temblor" (1) y de "In vino veritas" seguido de "La repetición" (2), en traducciones anotadas de verdadero mérito. Quienes sientan cierto fastidio ante la fascinada contemplación del lenguaje ordinario (tan ordinario que

(1) "Temor y temblor", de S. Kierkegaard. Trad. de Vicente Simón Merchán, Ed. Nacional, 1975.

(2) "In vino veritas", seguido de "La repetición". Trad. Demetrio Gutiérrez Rivero, Ed. de Bolsillo, Guadarrama, 1975.

sus análisis son a veces auténticas ordinariaces) o no se sientan motivados por la última disensión sobre el uso del término "capital" en Althusser, quizá encuentren cierto estímulo intelectual en la lectura de este escritor pasado de moda. Probablemente, "Temor y temblor" encierre el núcleo fundamental del pensamiento kierkegaardiano. Ese núcleo es, en una palabra, el problema de la fe. No tal como suele plantearse habitualmente, como cuestión de creer o no creer en Dios, lo que equivale a poco más que a la disyuntiva entre observar ciertos preceptos y ritos religiosos, dentro de una vaga aceptación de la trascendencia, o el racionalismo agnóstico del "esprit fort". Para Kierkegaard, la fe es un movimiento prodigioso que enfrenta a dos puras individualidades, la criatura y el Creador, entre las que se disuelven y superan todas las mediaciones generalizadoras, incluso las más estimables, como las leyes morales o la ternura filial. El ejemplo que Kierkegaard propone es el de Abraham disponiéndose por orden de Dios a sacrificar a su hijo Isaac. En su finísimo análisis del sucedido bíblico, Kierkegaard lo deslinda con claridad de los avatares del héroe trágico, que para él es un mártir del cumplimiento del deber ético,

pero que, por esto mismo, recibe de inmediato el apoyo y el aplauso de la ley universal. Agamenón sacrifica a Ifigenia entre amargo llanto, pero el pueblo le saluda como paladín del respeto a la normativa general de la comunidad y le agradece esta inmolación hecha en su favor. En cambio, el gesto que Abraham se dispone a realizar es perfectamente inútil y vituperable desde el punto de vista de la ley moral o civil: sólo Dios, como individuo más allá de toda ley, puede exigirlo como prueba. "El héroe trágico —señala Kierkegaard— cumple su tarea y encuentra el reposo en lo general; el caballero de la fe, en cambio, se ha de mantener en constante tensión". La fe es la completa soledad, lo incomunicable, lo injustificable, lo indefendible... Pero es también la clave de la salvación. Porque la estética proporciona sus placeres, pero mientras se queman en el vacío constitutivo que los aniquila, y la ética consuela de lo perdido con el reconocimiento público del deber cumplido, pero no lo devuelve, la fe, en cambio, consigue la restitución plena de lo arriesgado a la urgencia de Dios: Abraham conserva a Isaac, Job recupera todas sus posesiones y el caballero que entrega su vida a la fe recibe de nuevo la vida, impecable y gloriosa. Sobre esta idea clave de Kierkegaard, la restitución, trata el ensayo del mismo nombre, editado junto con el diálogo amatorio "In vino veritas", curiosa recreación del banquete platónico. Sería interesante una comparación a fondo de la restitución kierkegaardiana con el eterno retorno nietzscheano, que parecen la versión cristiana y pagana de un mismo anhelo.

Kierkegaard es, no creo que haga falta recordarlo, un grandísimo y complejo escritor. La riqueza de sus digresiones, su ironía desencantada y mordaz, la perversa fascinación de sus filigranas eróticas, todo ello convierte su lectura en una tarea absorbente, a veces difícil, siempre sutilmente alarmante. Hay autores por los que viajamos con todos los riesgos y gastos pagados; en Kierkegaard, todo corre a nuestras expensas y existe serio peligro de que la broma nos cueste cara. Amenazas de compartir por unas horas las peripecias de este exigente desesperado al que, según parece, estuvo negado alcanzar el último movimiento, el que restituye y salva. ■ FERNANDO SAVATER.

